

bres! — Mujer — contesté — cuando viene un amigo, hay que tirar la casa por la ventana. — Sí — dijo — no hay más sino que todo quedará reducido á una imitación de sopa de tortuga.

Tenga usted por seguro que no volveré nunca al gobierno. Se opone á ello todo: la avaricia y la ambición, lo mismo que el amor á la tranquilidad y á la libertad. He sido ministro dos veces, y no gané nada con serlo. Hace cuatro años que estoy libre, y he añadido diez mil libras á mi capital. Esto, por lo que toca á la avaricia. Luego, por lo tocante á la ambición, yo tendría mucha más importancia como representante de Edimburgo y defensor sincero, pero no servil, de un gobierno liberal, que como Canciller del Ducado ó Pagador de las Fuerzas. Recibo enhorabuenas de todas partes. La más ferviente quizá es la de Graham. Por lo que hace á mis propios sentimientos, hay de todo. Si los analizo atentamente, veo que estoy contento y disgustado: contento de haber sido elegido; disgustado por tener que ir al Parlamento. La elección fué un grande honor; la asistencia al Parlamento será un gran trastorno.»

12 de Agosto de 1852.

Me encuentro mejor que cuando salí de Londres, pero aún disto mucho de hallarme bien. El tiempo ha estado contra mí hasta el presente. Durante las últimas cuarenta y ocho horas me he visto preso en casa. El diluvio, que lord Maidstone nos dijo que había de venir después de lord Darby, ha venido ya; de modo que estamos afligidos á la vez por lord Derby y por el Diluvio. Yo tengo muy poco de qué quejarme. No sufro ningún dolor. Mi inteligencia está despejada. Nada me

irrita. Duermo profundamente. Como y bebo con ganas. Nada me falta de lo que pueden hacer por mí la solicitud y el cariño. A la verdad, sería injusto y egoísta que aceptase todos los sacrificios que anhelan hacer las personas á quienes yo quiero.»

25 de Septiembre de 1852.

El jueves fui á Leigh Court, al otro lado del Ferry, para ver la célebre colección de cuadros, y encontré que la fama no los había hecho justicia. Nada me impresionó tanto como la *Mujer sorprendida en adulterio* de Rubens. Las figuras tienen una apariencia de vida que no recuerdo haber visto sobre el lienzo en ninguna otra parte. Sin embargo, por el camino entre Leigh Court y el Ferry, vi un cuadro más delicioso que todos los de la colección. En una senda sombría había un carrito tirado por un borriquin y guiado por un muchachuelo; dentro se veían cuatro chiquillas muy guapas de seis á once años, hermanas suyas á todas luces. Estaban locas de contentas de disfrutar un placer tan raro como ir en coche; y reían y cantaban de una manera tan hermosa que me impresionó. Vieron que yo estaba complacido, y me respondieron muy afablemente cuando les hice algunas preguntas sobre mi camino. Las rogué que siguiesen cantando, y las cuatro empezaron á cantar en perfecto concierto y con acentos tan alegres como los de la alondra. Les dí la plata que llevaba para que comprasen muñecas. Desearía tener una pintura del carro y de su carga. Gainsborough hubiese sido el hombre para el caso. Pero no me gustaría tener un poema exacrable sobre el asunto, como el que hubiese escrito Wordsworth. Estoy muy bien; aunque mi doctor de Clifton insiste

en que no me tome libertades, y Bright me escribe aconsejándome que solicite los Chiltern Hundreds.

El doctor Bright tenía buenas razones para darle ese consejo. Lejos de estar completamente bien, puede decirse que Macaulay nunca volvió á estar bien. El pasado Julio hubo una crisis en mi vida (escribe en Marzo de 1853). Envejecí veinte años en una semana. Una milla es ahora para mí más que diez hace un año. En el invierno que siguió á su reelección por Edimburgo tuvo un grave ataque de bronquitis; y durante todos los años restantes padeció de asma y estuvo atormentado por frecuentes y violentos accesos de tos. Tuvo que renunciar uno tras otro á sus hábitos favoritos, sin esperanza de recobrarlos. Sus largas excursiones en compañía de Homero ó de Goethe por riberas y puentes y sitios de expansión; sus exploraciones vespertinas de todos los puestos de libros y almacenes de estampas entre Charing Cross y Bethnal Green; sus paseos domingueros desde Albany á Clapham y desde Clapham á Richmond ó Blackwall se redujeron ahora durante largos periodos á dar una vuelta por el lado de sol de la calle en el centro de los días que acertaban á estar despejados. En vez de escribir de un tirón, como le gustaba hacerlo en caso de apuro, desde el almuerzo hasta la hora de comer, se vió condenado por primera vez de su vida á la detestable necesidad de interrumpir sus tareas para tomar un refrigerio. Con harto dolor de su corazón tuvo que desistir de leer en voz alta, cosa en que siempre, desde los cuatro años, había disfrutado más aún que leyendo para sí. Se hallaba apartado casi totalmente del trato social porque su doctor rara vez le permitía salir una noche, y frecuentemente no le dejaba salir ninguna. En Febrero de 1855 escribe á Mr. Ellis: «Todavía sigo preso; así

llevo ya cerca de tres meses, con alguna menos expansión que sir Francisco Burdett en la Torre ó Leigh Hunt en Newgate». En Mayo de 1854 escribe lord Carlisle: «Encontré á Macaulay en varios almuerzos, y me dió pena ver que iba menos bien de salud». Y en otro lugar: «La reunión estuvo medianamente animada; siempre lo estaba cuando hablaba Macaulay. Ahora menudean mucho más los «momentos de silencio (1)».

El cambio operado en la salud de Macaulay era visible aun para los que no le observaban tan atenta y solícitamente como lord Carlisle; pero aunque el cambio pudiese leerse en su semblante, raras veces aludían á él sus labios. Bastándose á sí mismo, no pedía nada á la compasión de los demás. Nunca le había faltado la serenidad del espíritu en medio de las dificultades y reveses de su carrera pública; y esa serenidad se vió puesta ahora á durísima prueba por una vida que, durante largos periodos, fué la vida de un inválido reducido en gran parte á buscar apoyo en su propia fortaleza y ocupación y distracción en sus propios recursos mentales. Hubiera podido esperarse que hiciese de su Diario válvula de seguridad para desahogarse; pero siempre que llegaba cada aniversario de su nacimiento ó cada año nuevo, en vez de lamentarse amargamente de los bienes perdidos, consignaba en términos varoniles su gratitud por los que había conservado.

*31 de Diciembre de 1853.*—Otro día de trabajo y

(1) Sí—decía Sidney Smith, hablando de Macaulay—es ciertamente más agradable desde su vuelta de la India. Sus enemigos podrán haber dicho antes (yo nunca) que hablaba demasiado; pero ahora suele tener momentos de silencio que hacen completamente deliciosa su conversación.

soledad. Disfruto extraordinariamente de esta vida inválida. A pesar del decrecimiento progresivo de mi salud, este año ha sido un año feliz. Mi fuerza flaquea. Mi vida, presumo, no será larga. Pero poseo facultades lúcidas, afectos calurosos y copiosas fuentes de placer.

A largos trechos revela, en dos ó tres frases sentidas, el abatimiento que acompaña de un modo indefectible al más deprimente de los dolores. «No soy lo que era, y de mes en mes me lo dice el corazón más claramente. Estoy algo abatido, y no de aprensión, —porque aguardo el término inevitable con perfecta serenidad,—sino de pena por los que quiero. A veces me cuesta trabajo reprimir las lágrimas cuando pienso en lo pronto que puedo dejarlos. Siento que está casi agotado el caudal de mi vida.» Pero, en los volúmenes de su diario, jamás adopta Macaulay, ni por un sólo instante, el tono de una persona desgraciada ó maltratada. Uno ó dos contemporáneos, que le envidiaban su prosperidad, han dicho que el descontento era un pecado hacia el cual sentía pocas tentaciones. Por lo menos, era un pecado de que nunca fué culpable. En vez de penar y murmurar, le vemos exhortándose al trabajo, y aumentando sus esfuerzos á medida que la arena bajaba en el reloj; redimiendo á unos de la pobreza de que él se había librado hacia tiempo, y consolando á otros de las angustias de la ambición defraudada que él nunca habrá sufrido; prodigando á la juventud que le rodeaba los placeres que él ya no podía disfrutar, y esforzándose de todas las maneras posibles por despejar el horizonte de su vida á medida que iba obscureciéndose el de la suya. Revelar al público, sin reservas, las interioridades de la vida de Macaulay sería un acto que el público mismo censuraría;

pero á los que tienen motivos especiales para conservar vivo su recuerdo, séales licito decir que, orgullosos como están de las obras brillantes en que trabajó con esmero, y que en una docena de idiomas han deleitado á un millón de lectores, todavía estiman más las páginas descuidadas de ese diario, que atestiguan cómo conservó hasta el fin su laboriosidad, su valor, su paciencia y su bondad, durante siete años de enfermedad continua y de prueba.

A fines de Octubre de 1852 se había repuesto lo suficiente para cumplir sus compromisos con la población de Edimburgo. Después de pasar allí algunos días en compañía con sus amigos, pronunció un discurso en el Music Hall el 2 de Noviembre. A fuer de historiador, empezó por pasar revista á los sucesos de los cinco últimos años, así nacionales como extranjeros, con una alta imparcialidad que le atrajo una atención respetuosa; y luego, de repente, cambiando de tono, hizo cuanto pudo por satisfacer la expectación de sus comitentes, consagrando cuarenta minutos á un discurso de partido de los más enérgicos. Y, sin embargo, á pesar de pronunciar un discurso de partido, apenas molestó á nadie; porque en su vena satírica advertíase una falta de acerbidad que anunciaba á los ojos expertos que Macaulay, en lo tocante á la política moderna, había dejado de ser de corazón un hombre de partido. Como autor, había encontrado tanta indulgencia en sus compatriotas conservadores, que de allí en adelante estuvo muy poco dispuesto, como estadista, á decir nada que hiriese sus sentimientos ú ofendiese sus convicciones sinceras. El tory más resuelto encontró poco que decir contra el espíritu del discurso, y no vió inconveniente en reirse, de tan buena gana como si hubiese sido whig, de las ironías sobre los exá-

metros de lord Maidstone y sobre la cláusula relativa al derecho electoral que el gabinete de lord Derby había propuesto unir al bill de la Milicia.

*Domingo, 31 de Octubre. Edimburgo.* — Esto es lo que se llama un domingo—un domingo presbiteriano.—La ciudad está tan silenciosa como si fuese la media noche. El que fuese contra la corriente general se expondría á verse afrentado. Hubo una persona, á quien los cristianos mencionan generalmente con respeto, que positivamente no hubiera atravesado en seguridad la calle del Príncipe, y que hubiese dirigido algunas amonestaciones muy severas á mis graves comitentes (1).

»Acabo de estar en la iglesia de Guthrie. Ya había visto una vez, en Julio de 1817, la administración presbiteriana de la Eucaristía. Los comulgantes daban muestras de gran devoción y aun de excitación religiosa, y el rito se llevó á cabo en la forma debida; pero, aunque Guthrie es hombre de grandes facultades, sus oraciones estaban á inmensa distancia de las de nuestra liturgia... En su sermón hubo algunos buenos pasajes en medio de mucho malo. El hombre es un noble, honrado y animoso ejemplar de la humanidad. Me quedé en casa toda la tarde. Comí solo, y cuando obscureció, me escurrí fuera para dar un paseo. La vista de la ciudad vieja desde mis ventanas, durante la noche, es la cosa más hermosa del mundo. Han dado en alumbrar las casas con gas, y el efecto es maravilloso.»

(1) Vuestro párroco es un zote (escribe Macaulay á una de sus hermanas). No hay nada en Homero ni en Hesíodo sobre la observancia de cada séptimo día. Hesíodo, es verdad, dice que el séptimo día de cada mes (cosa muy diferente) es un día de fiesta; y la razón que da es que en séptimo día del mes Latona trajo al mundo á Apolo. ¡Bonita razón para cristianos!

*Martes, 2 de Noviembre.*— Un gran día. Muy despejado; un ejemplar espléndido del veranillo de San Miguel. Yo estaba muy bien preparado para la exhibición, y sólo dudaba de mis fuerzas corporales. La gente tuvo la bastante consideración para no visitarme esta mañana. A las doce y media llegó mi escolta y me llevó al Hall, donde ya no cabía más gente. Infinidad de personas se habían marchado por no encontrar sitio. Entramos á la una. Vasta asamblea. Me recibieron con tumultuosas manifestaciones de benevolencia. Black ocupó la presidencia, á propuesta de Craig, y dijo muy pocas palabras. Entonces me levanté y hablé más de una hora, siempre con la simpatía y aplauso de todo el auditorio. Comprendí que no podía seguir más tiempo, y procuré concluir en un momento propicio y eludir algunos puntos peligrosos. Nada pudo ser más afortunado. Se oyó una aclamación inmensa, en medio de la cual me retiré agotado, pero aliviado de un peso que había estado gravitando sobre mi corazón durante cuatro meses. Comí en Moncreiff con buen número de personas. Lord Ivory habló en alta voz, estando cerca Cowan, del contratiempo de 1847 y de la reparación que devolvía á la ciudad su buen nombre. Lo sentí por Cowan, que ha estado muy cortés conmigo, y contra quien no tengo ni había tenido nunca resentimiento ninguno. Estando desnudándome, vinieron pruebas del *Scotsman* con mi discurso. Estaba demasiado rendido para corregirlas, y las devolví con cuatro atentas líneas al director, que es un hombre tan bueno como inteligente.

El nuevo Parlamento se reunió á principios de Noviembre, y el 3 de Diciembre Mr. Disraeli presentó su presupuesto. Estaba bien hecho (escribe Macaulay) en punto á método y lenguaje. La exposición era cla-

ra, aunque demasiado larga. Yo lo hubiera dicho todo, con la misma ó mayor claridad, en dos horas; y Disraeli empleó cinco. El plan se reducía á sacar dinero del bolsillo de los contribuyentes y meterle en el bolsillo de los cerveceros. Dudo mucho si podrá conseguirlo; pero él ha adquirido reputación por su talento práctico.

Durante las seis primeras semanas de su vuelta á la Cámara de los Comunes, Macaulay, como era natural en un veterano, creía que el nivel de la oratoria estaba más bajo que en tiempos anteriores. Pero no tardó en tener motivos para cambiar de parecer. Aun en 1832 hubo pocas escenas más animadas y excitantes que la que se desarrolló durante las tres primeras horas de la mañana del 17 de Diciembre de 1852, cuando el *leader tory*, más formidable que nunca con la audacia de la desesperación, se revolvió briosamente en defensa de su presupuesto sentenciado, y cuando, en el instante en que amigos y enemigos creían que se había dicho la última palabra por uno y otro bando, Mr. Gladstone salió á la palestra en medio de una tempestad de aclamaciones y de exclamaciones hostiles como jamás se ha vuelto á oír en el Parlamento desde entonces, y entró derecho en el fondo de un discurso que, en un solo día, duplicó su influencia en la Cámara y su popularidad en el país. A las diez y media (dice Macaulay) fui á la Cámara, y estuve hasta cerca de las cuatro—generalmente en la biblioteca ó en los pasillos, leyendo.—Oí un poco á Disraeli, que estuvo hábil, pero no convincente; y muy desaliñado. Un poco de Gladstone: seria y severamente acerbo. Por fin vino la votación. Hubo un inmenso tropel y aclamaciones ensordecedoras, cuando Hayter pasó á la derecha de la fila de escrutado-

res, y una aclamación más estruendosa aún cuando se leyeron las cifras: 305 contra 286. En medio del vocerío me escurri afuera, tomé mi coche y llegué á casa á las cuatro en punto, sumamente rendido.

Luego vino el cambio de gobierno, con todo lo que acompaña á la formación de un Gabinete: la agitación; el chismorreó; el bullicio de los clubs, llenos de grupos donde se cuchichean ansiosamente noticias y comentarios; el cruzar de coches por los alrededores de Belgravia y Mayfair ó su aglomeración durante horas á la puerta del futuro Primer ministro; el creciente desconsuelo de estadistas eminentes que aguardan en sus despachos la posible llegada del mensajero de la Tesorería; la animación y la alegría crecientes de las comidas en las casas de los nuevos ministros conforme va aumentando de día en día el número de sus elegidos. Dudo (escribe Macaulay) que desde 1783 haya habido en Londres tantos miembros de las dos Cámaras en la época de las Navidades. Entonces, como ahora, hubo cambio de ministerio por Navidad. El 22 de Diciembre hubo gran debate, con un lleno completo, en la Cámara de los Comunes, y Lord Norfh pronunció un discurso muy celebrado.

20 de Diciembre.—Un día de acontecimientos. Después de almorzar vi en el Athenaeum á Senior, el cual me dijo que había estado en casa para suplicarme que fuese á la de Lansdowne; que lord Lansdowne deseaba verme antes de las doce y media. Fui. Le encontré encerrado con lord John. Lord John nos leyó una carta que había recibido de la reina—muy buena, como todas las que he visto de ella.—Le decía que tenía la esperanza de formar un gobierno fuerte y durable, conservador al par que reformista; que había pedido á lord Aberdeen que formase tal gobierno; que